

EN ESTE AÑO DE LA FE, ¿LE HAS PREGUNTADO A LA BIBLIA, QUÉ ES LA FE?

Asesora Eclesial: Hna. Bernardeta Collazo, m.i.c.

En este Año de la Fe, te has preguntado qué es para ti la Fe, y qué nos dice la Biblia sobre la Fe. Y aún más, ¿has leído el Evangelio buscando qué es la Fe? Profundizar en el contenido de la Fe, en el aprendizaje de la vivencia de la Fe es un llamado que se desprende de la Carta Apostólica, “Puerta de la Fe”, del Papa emérito Benedicto XVI. Hagamos juntos un recorrido sobre textos de la Palabra de Dios que nos ayudarán a resituar la Fe, en algunos de sus aspectos. Te invito a abrir el Evangelio leyendo y saboreando cada texto en el que Jesús mismo nos muestra qué es la fe.

Traigo a colación alguna de nuestras expresiones populares, una de ellas es: “Ver, para creer”. ¿No te recuerda a Tomás, el “incrédulo”? el discípulo de Jesús. Nos narra el evangelio de Juan 20, 24-29:

“Tomás uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: ‘Hemos visto al Señor’. Pero él les contestó: Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo”. A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: “Paz a ustedes”. Luego dijo a Tomás: “Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente”. Contestó Tomás: “Señor mío y Dios mío”. Jesús le dijo: “¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que creen sin haber visto”.

Para Tomás la fe, en ese momento de su vida, significaba

“ver y tocar” a Jesús resucitado, al parecer, no creyó en el testimonio de los otros discípulos que sí habían visto al Señor. Incrédulo Tomás, frente a la palabra y el testimonio de sus hermanos de grupo no le bastaba, necesitaba vivir la misma experiencia que ellos ya habían hecho, ver a Jesús, el resucitado. Quería aún más, tocarlo, para dar así su asentimiento de fe. Y Jesús le regaló a Tomás el privilegio de verlo con sus propios ojos, tocarlo con sus propias manos y escucharle decir. Tomás tuvo lo que quería, su gran deseo se le cumplió y, como era de suponer, ya no dudó, creyó y de sus entrañas brotó la gran oración de fe: *“Señor mío y Dios mío”*. Ahora podemos decir, Tomás el creyente. Y Jesús no dejó de transmitirle el mensaje: *¿Porque me has visto, has creído?* No, no es así, Tomás, la fe es más aún:

“Dichosos los que creen sin haber visto”.

Nosotros vivimos en una época donde la fe en el Dios Único y Verdadero: Padre, Hijo y Espíritu Santo no es el valor central para muchas personas. Pero no sólo se ha querido borrar la fe de la vida, sino que existe



como una generalización del no creer. A veces, nos encontramos personas que nos dicen así, a bocajarro, “no creo ni en mí mismo”. Por no decir, otras expresiones más duras de escuchar. Como si ya no valiera la pena creer, ni en Dios, ni en las personas, en nada de nada.

Creer en sí mismo, creer igualmente en los otros, es importante para nuestra vida de fe. Cuando llega la desesperanza, nos damos cuenta de que nuestra fe se ha empobrecido. Y nos preguntamos, ¿por qué he llegado a este estado? Y lo vemos a nuestro alrededor, cuando miramos los rostros de las personas con quienes convivimos, con quienes tropezamos cada día, ¿qué nos reflejan sus rostros, y nuestro propio rostro, qué les refleja? Nuestra mirada ¿es una mirada de fe? Nuestro actuar, ¿es un actuar de fe? De esa fe profunda, que llena y da vida abundante, como nos dijo Jesús: *“He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia”*.

En este Año de la Fe, nos damos cuenta de la necesidad de profundizar nuestra vida de fe, de creyentes, y nos da el deseo de vivir dando testimonio de que la vida es verdaderamente vida a partir de la fe. La fe nos permite integrar nuestra vida, todos sus aspectos convergen en la fe. Ella es la que nos hace ser y hacer a la manera de Jesús, en quien creemos. La fe es un Don de Dios, esa es la parte de Dios; nuestra parte es dar testimonio de nuestra fe, del esfuerzo diario por vivirla cabalmente.

Les sugiero hacer cada día una lectura del evangelio y buscar en cada relato qué es la fe para cada una de esas personas y acontecimientos que se nos narran. ¿Por qué no compartimos con otras personas lo que es la fe en nuestra vida? Y les preguntamos a ellas y las escuchamos, con inmenso gusto, pues cuando encontramos un creyente de verdad, vale la pena escucharlo, admirarlo, comprenderlo.

Terminamos con otra Palabra de Dios tomada de San Pablo a los Romanos, 10, 16b-18:

“¿Señor, quién ha creído en nuestra predicación? Por lo tanto, la fe nace de una predicación y la predicación se arraiga en la palabra de Cristo. Me pregunto: ¿Será porque no oyeron? ¡Claro que sí! Pues por toda la tierra resonó la voz de los predicadores y se oyeron sus palabras hasta en el último rincón del mundo”.

Jesús nos dice hoy a ti, a mí, a todos:

“Dichosos los que creen sin haber visto”.

Y nosotros le decimos a Jesús: “Señor mío y Dios mío”.



LA RANA SORDA.

Un grupo de ranas viajaba por el bosque y, de repente, dos de ellas cayeron en un hoyo profundo. Todas las demás ranas se reunieron alrededor del hoyo.

Cuando vieron cuán hondo era el hoyo, le dijeron a las dos ranas en el fondo que para efectos prácticos, se debían dar por muertas.

Las dos ranas no hicieron caso a los comentarios de sus amigas y siguieron tratando de saltar fuera del hoyo con todas sus fuerzas.

Las otras seguían insistiendo que sus esfuerzos serían inútiles.

Finalmente, una de las ranas puso atención a lo que las demás decían y se rindió. Ella se desplomó y murió.

La otra rana continuó saltando tan fuerte como le era posible.

Una vez más, la multitud de ranas le gritaba y le hacían señas para que dejara de sufrir y que simplemente se dispusiera a morir, ya que no tenía caso seguir luchando.

Pero la rana saltó cada vez con más fuerzas hasta que finalmente logró salir del hoyo.

Cuando salió, las otras ranas le dijeron:

“nos da gusto que hayas logrado salir, a pesar de lo que te gritábamos”.

La rana les explicó que era sorda, y que pensó que las demás la estaban animando a esforzarse más y salir del hoyo.

Moraleja

La palabra tiene poder de vida y muerte. Una palabra de aliento a alguien que se siente desanimado puede ayudar a levantarlo y finalizar el día.

Una palabra destructiva dicha a alguien que se encuentre desanimado puede destruirlo. Tengamos cuidado con lo que decimos.

Una persona especial es la que se da tiempo para animar a otros.